

petimos ahora apoyándonos en afirmaciones experimentales de *Lüscher*, ambos colores son débilmente excitantes, colores de adaptación, pasivos, tranquilos. Espontáneamente—dice *Lüscher*—no «salen hacia fuera», sino que quedan «introvertidos», «reservados»; a diferencia del amarillo y el rojo no provocan «polémica» (*Auseinandersetzung*) con el que los contempla. Y recuerda que ya *Kandisky* había dicho que el amarillo punza a la mirada, mientras que ésta se hunde en el azul.

Sin embargo, entre el verde y el azul hay una cierta diferencia: En la vivencia el verde es más macizo, menos móvil, más espeso y tenaz, mientras que el azul es más móvil y parece que se derrama hasta el infinito. Al azul le falta toda limitación, toda macidez, en tanto que el verde se llena de sí mismo, descansa en sí mismo, es un elemento limitado en todas direcciones. De él dice *Goethe* que «ofrece una satisfacción real», «en su contemplación no se quiere más ni se puede más». En contraste, el sujeto que vivencia el azul no tiene como objeto una determinada finalidad.

Parece pues, que ninguno de los dos colores es irritante, estimulante. El verde de nuestros bancales y nuestros árboles actúa sobre el hombre en sentido de adaptación, reforzando el buen contacto afectivo con el medio, el apego a la realidad, no excita a la «polémica» con él, que es gran parte de nuestro mundo. El azul de nuestro paisaje es precisamente el del cielo, que no lleva, en efecto, en su dulce movilidad a ningún objetivo, a ninguna finalidad terrestre. Nuestra mirada se hunde en busca de Dios. *Sánchez de Muniain* ha destacado, junto al estético este valor propio del cielo que hace que el hombre objetive en él todos sus sentimientos de espiritualidad trascendentes. «Parece como si el espíritu tuviera una gravitación física espacial diametralmente opuesta a la de su cuerpo».

